

EL ANUNCIO

John Doe

Abrió la puerta sigilosamente, y de repente... la luz le cegó unos instantes. Al momento, se acostumbró a la ligera potencia de la bombilla. Sintió el penetrante frío que emanaba de la nevera. El cartón de leche abierto, un bote de mayonesa Helmann's y una platina arrugada componían sus reservas alimenticias. Abrió la platina, y vio con cierto repeluz el musgoso sándwich de jamón que moraba allí desde hacía meses. Tras olfatearlo, volvió a dejarlo sobre la repisa metálica. Se rascó el brazo hasta que el picor cesó y cerró la puerta. De regreso a su cama, hizo un alto y ojeó los papeles que poblaban la mesa del comedor: varios recortes de periódico, de la sección de anuncios por palabras. Algunos estaban señalados con círculos rojos:

"Se busca hombre bien parecido para entablar relaciones serias. Imprescindible fotografía".

" Buscamos camarero para hamburguesería. Buen sueldo".

– Necesito pasta – se lamentaba Ryan. Hacía tres meses que el dueño de la droguería en la que trabajaba le había puesto de patitas en la calle. Desde entonces, subsistía gracias a empleos poco duraderos y a la ayuda que le brindaban algunas personas.

– Necesito pasta – repitió.

Agarró los papeles y se acostó en la cama. Las sábanas estaban muy sucias, y algunos alambres sobresalían del colchón. Puso la alarma del despertador a las ocho de la mañana, y comenzó a evaluar los posibles trabajos a los que podía aspirar. Diez minutos después estaba dormido.

El despertador sonó a la hora prevista. Ryan apartó las mugrientas sábanas y se acercó a la mesa con los recortes en la mano. Tras cinco minutos de examen cogió uno de los papeles. En él estaba escrito:

"Urgente: Matrimonio busca persona responsable que cuide niño de ocho años durante cinco horas la noche del martes quince. Se pagarán quinientos dólares, en efectivo y por adelantado. No se precisan referencias. Tfno. 7073284".

Era el anuncio más extraño que había leído. Buscaban canguro y por ello pagaban ¡Quinientos pavos! a un desconocido. Sin duda alguna, era el mejor trabajo que podía encontrar. Era sencillo, sin necesidad de formación profesional y bien remunerado. Además, necesitaba el dinero ya.

Después de vestirse, bajó a la calle y telefoneó desde una cabina.

– ¿Dígame? – dijo una voz ronca al otro lado del aparato.

– Llamaba por el empleo – anunció Ryan.

– ¡ Estupendo! – la voz sonó exaltada.

– ¿Podría explicarme, exactamente, en qué consiste el empleo?

– Debe hacerse cargo de nuestro hijo mientras mi esposa y yo vamos a cenar por nuestro décimo aniversario de casados. Le damos quinientos dólares y... eso es todo.

Como ve, es un chollo.

– Sí, eso parece.

El hombre dio sus señas a Ryan, se despidieron y ahí acabó la conversación telefónica. Ryan pasó la tarde en el bar de Eddie, jugando a los dardos. Volvió a su casa, se duchó y se puso su mejor y único traje. Un poco de colonia de baño ocultó parcialmente su habitual aroma a tabaco y sudor. Bebió el contenido del cartón que quedaba en la nevera y decidió partir en busca de ese dinero fácil.

La mansión del matrimonio Avenhole estaba a las afueras de la pequeña ciudad donde vivía Ryan. Era un edificio imponente, con un amplio jardín, cuyo mayor atractivo era el alto seto que servía de muralla natural.

– No me extraña que paguen tanto, ¡si están nadando en dinero!

Se acercó a la verja de metal argénteo y pulsó el botón del portero automático. La misma voz que había oído por teléfono le indicó que empujase la verja. Ryan obedeció, y la puerta se abrió fácilmente. Caminó por un sendero de ladrillos y subió los escalones que conducían a la puerta principal. La puerta fue abierta por una mujer que le invitó a pasar. Ryan entró, y se encontró al matrimonio Avenhole en el inmenso salón de la mansión. Los señores de la casa se quedaron en silencio, examinando a Ryan. Él hizo lo mismo. A primera vista, los dos eran jóvenes y fuertes, pero algo desentonaba. El hombre era alto y de rostro enjuto. Vestía un frac negro, ornamentado con un clavel rojo en la solapa. Llevaba zapatos de charol, muy brillantes, y una bufanda blanca alrededor del cuello. Ella era muy hermosa. Tenía una gran melena rubia que le caía hasta la cintura. Vestía un traje negro de cuero muy ajustado, cubierto por una gasa blanca. Los dos tenían puestas unas gafas de sol.

Hasta ahí todo era normal, pero sus rostros eran estremecedores: la piel de ambos era blanca como el papel, y extrañamente arrugada. Lo más impactante eran los ojos, brillantes, posados sobre unas purpúreas ojeras.

La señora Avenhole se colocó de nuevo las gafas, y dijo riendo:

– Bueno, debemos irnos ya mismo, así que tome el dinero.

Entregó a Ryan cinco billetes de cien y un folio doblado, a la par que decía:

– Este es el número del hotel en el que nos podrá encontrar. Pregunte por Jack o Laila Avenhole, ¡nosotros! – rió –. Creo que eso es todo. El niño está en su habitación, en el piso de arriba. Quizá lo encuentre un poco ido, pero es que es... deficiente mental,

de nacimiento. Volveremos dentro de cinco horas. Espero que todo esté acabado, ¡digo, tranquilo!, cuando lleguemos.

– Vamos, Laila – dijo Jack, al parecer molesto –. Adiós, señor...

– Falder, Ryan Falder.

El matrimonio Avenhole salió de la mansión, montó en un deportivo gris y se alejó a gran velocidad. Ryan cerró la puerta, pasando uno de los varios pasadores de seguridad.

– ¡Vaya, vaya! Solito en el País de las maravillas.

Recorrió la planta baja de la casa: salón, cocina, baño, comedor, dos habitaciones de invitados y unas escaleras hacia un sótano. Pensó que era hora de conocer al niño Avenhole. La verdad es que odiaba a los niños: eran caprichosos, llorones, y tremendamente felices; pero el dinero era el dinero.

Subió al segundo piso por una escalera de mármol. Al llegar arriba, se encontró en un largo pasillo. Avanzó, mirando a un lado y a otro, y se detuvo en una habitación de la que salía una tenue luz. Asomó la cabeza por la rendija de la puerta y dijo:

– ¿Hola? Me llamo Ryan. Soy tu canguro.

El niño no contestó. Estaba sentado en una silla de ruedas, mirando hacia una televisión apagada.

– ¡Eh, despierta! Soy tu canguro.

Silencio.

El hombre giró la silla de ruedas y reprimió un grito: el niño era increíblemente alto para su edad; debía calzar un cuarenta y siete, como mínimo. Su enorme figura yacía en una posición forzada. Tenía los dedos agarrotados, las piernas inmóviles, y la cabeza apoyada en su hombro derecho. El cabello estaba totalmente nevado, y su mirada

perdida en algún punto de la habitación. Pasada la primera impresión, decidió reanudar la charla.

– ¿Qué te gustaría hacer? Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

Silencio, de nuevo.

– Ya veo que no eres muy hablador. Te llamaré Eddie, como el tío del bar que frecuento – y empezó a reír. En ese momento pensó que quizá el niño no podía hablar, y él se estaba burlando de un lisiado.

– Joder, soy un estúpido. Oye, mejor será que te baje. Voy a ver la tele al salón. Te llevaré conmigo.

Trasladó a Eddie a la planta baja, y lo situó cerca del televisor. Pulsó el botón de encendido y se recostó en el sofá. Iba a comenzar un partido de baloncesto en el que se enfrentaban Minnessota contra Detroit.

– Eddie, ¿te gusta el básquet?

Silencio, como siempre.

– Yo soy seguidor de Detroit... No sé qué hago hablando con un maniquí – pensó Ryan –. Voy a ir al lavabo a lavarme las manos, cuando salga comeremos algo. ¿De acuerdo, Eddie? De acuerdo– contestó Ryan a su propia pregunta.

Tras enjabonarse, metió las manos debajo del grifo y se las aclaró con agua caliente. Se mesó el cabello y se despojó de la chaqueta. Salió del baño y arrojó la prenda sobre el sofá.

– Tienes un baño de puta m...

Ryan quedó petrificado. Eddie ya no estaba allí. Comenzó a ponerse nervioso.

– Juraría que este tipo no podía moverse – pensó. Se encaminó a la cocina y encontró la silla de ruedas, con el niño sobre ella –. Ed, no sabía que pudieras moverte, tío. Me

has dado un susto de muerte. Será mejor que vayas al salón, así podré trabajar con más rapidez en la cocina y cenaremos pronto.

El niño no se movió. Únicamente gimió, y las lágrimas afloraron a sus ojos. Comenzó a llorar. Ryan no comprendía nada. Intentó calmar a Eddie, pero éste lloraba y lloraba.

– ¿Qué te ha pasado, chico? Vamos, no llores.

Recordó el papel que la señora Avenhole le entregó con el número de teléfono.

– No sé si habrán llegado, pero he de intentarlo.

Desdobló el papel, y lo que leyó terminó de llenar su capacidad de estupefacción:

“Estimado señor:

Cuando lea esta nota será por que cree que algo no va bien, y está en lo cierto. Habrá advertido que Samuel es un niño especial. Aquí viene la verdadera razón de que le hayamos contratado. Creemos que Sam está poseído por el espíritu de su abuelo, y le rogamos encarecidamente que asesine a nuestro hijo. Le parecerá una idea descabellada, pero cuando comiencen a suceder fenómenos inexplicables comprenderá la gravedad de la situación, y actuará según le hemos dicho.

Gracias, y suerte.”

No podía creer lo que estaba leyendo. Miró a Eddie, o Samuel, que seguía llorando.

– Tus padres están majaras Ed. Ellos quieren que te...

– ... asesine – completó Sam, rompiendo su voluntario silencio.

– ¡Puedes hablar! – dijo Ryan anonadado.

– Debes marcharte de aquí, Ryan. No sé que historia se habrán inventado esta vez, pero el caso es el mismo. Tu vida corre peligro. ¡Huye mientras puedas hacerlo! – empujó las ruedas de la silla y desapareció tras la puerta de la cocina.

Ryan estuvo paralizado unos segundos a causa de la conmoción. Luego buscó a Eddie, pero éste se había esfumado. Se sentó en el sofá y reflexionó varios minutos. Decidió recoger la chaqueta y poner tierra de por medio.

– Adiós, Eddie, diviértete con los psicópatas de tus padres.

Fue a quitar el pestillo, que había pasado al entrar en la mansión, y descubrió algo que no le gustó nada: la puerta estaba cerrada totalmente. Todos los pestillos estaban echados. Ryan tragó saliva. Uno a uno fue quitándolos todos, pero la puerta seguía atrancada. Alguien había cerrado con llave. Estaba desquiciado.

– ¿Eddie? ¿Dónde te encuentras? – dijo un poco asustado.

Él no creía en nada de posesiones ni espíritus. Pensaba que el chico tenía unos padres chiflados. Recorrió cautelosamente el salón, y entró por una puerta situada a su izquierda. Penetró en el baño. No había rastro del chico. Iba a abandonar el cuarto cuando se elevó una barra de carmín ante sus ojos. Flotaba en el aire. Se aproximó al espejo y comenzó a moverse. Al cabo de un momento se podía leer en el espejo:

"Eres mío, sólo mío. No puedes huir, y tú lo sabes".

– ¿Crees que me das miedo? – vociferó Ryan –. Ya me advirtieron tus padres. Al principio no podía tragarme semejante cuento, pero después de esto estoy seguro de lo que voy a hacer. Fue a la cocina y se armó con el cuchillo más grande que encontró –. Ahora, ni tú ni tu abuelo podréis darme jaque mate – tras esto, reinició la búsqueda.

Sudaba a mares. Tenía el corazón en un puño. Estaba intimidado, algo que le había sucedido en muy contadas ocasiones a lo largo de su desdichada vida. Pasó junto a una gran estantería, y los libros cayeron sobre él como una bandada de buitres hambrientos, causándole un daño considerable.

– ¡Cobarde, da la cara!

Un jarrón con flores, que descansaba sobre una mesita de cristal, levitó un par de metros y salió despedido en dirección a Ryan. Ágilmente lo esquivó. El jarrón se estrelló contra una de las paredes. Varios objetos emularon la conducta del jarrón. Ryan hacía lo que podía.

– ¡Trucos sucios, hijo de perra! Deja que te... – decía, cuando una botella de vodka salió del mueble bar y se reventó en su cabeza. Pronto, la sangre le cubrió el cuello, el hombro, el brazo...

Ryan buscó otra salida, pero las puertas estaban cerradas, y todas ventanas tenían barrotes. Sacó un sucio pañuelo de su bolsillo y lo colocó tras su oreja tratando de contener la hemorragia. Subió las escaleras y llegó al segundo piso. Decidió revisar una a una las habitaciones. Súbitamente, una de las puertas perdió las bisagras y se desplomó delante del atónito Ryan. Sintió que un fétido e intenso hedor intentaba asfixiarle, así que se colocó el pañuelo en el rostro para evitar la náusea. Su respiración era entrecortada, y le costaba tragar saliva. La bombilla del pasillo explotó. Las paredes se oscurecían extrañamente. Ryan descendió a grandes zancadas y se encontró en el salón, sin saber qué hacer.

Aulló. Aulló hasta que no le quedó aire en los pulmones. Las lágrimas se mezclaban con la sangre que empapaba su rostro. No podía controlar los temblores que convulsionaban su cuerpo. El pánico se había apoderado de él. El hedor era insoportable. Se giró y vio a Samuel en la silla de ruedas.

– Te previne sobre esto – dijo Samuel derrotado.

Avanzó hacia el niño.

– Voy a acabar contigo, ser infernal.

– ¡Ellos te han engañado, yo no estoy poseído! – gritó.

Ryan levantó el cuchillo sobre su cabeza.

– Morirás – sentenció Ryan.

Estaba fuera de sí. Iba a matar a un niño.

– ¡Ellos están bajo el dominio de Eso! – reveló Sam.

El hedor era más penetrante cada vez. Ryan se acercó llorando al niño. Casi no podía respirar.

– ¡Ese monstruo ordena a mis padres que le traigan carne humana para alimentarse, y tú eres su presa! – Sam estaba ronco de tanto gritar.

Se hallaba ya sobre el niño, con el cuchillo en alto.

– Te enviaré a donde perteneces.

No podía respirar.

– ¡No lo hagas! – suplicó Sam, a la vez que adoptaba una postura de defensa con los brazos.

Ese hedor...

– ¡MUERE! – gritó Ryan.

Lo que sucedió a continuación fue muy rápido y confuso:

Ryan Falder descargó con odio el cuchillo sobre el minusválido, pero no llegó a causarle daño puesto que se detuvo a pocos centímetros de él. No podía matar a un niño, por muy poseído que estuviera. Era algo atroz, inconcebible para una mente sana. Tiró el cuchillo al suelo, y éste se deslizó hasta chocar contra un mueble. Sin tiempo a recobrar la orientación, Ryan escuchó un gutural sonido a su espalda... y se dio la vuelta.

Un descomunal, deforme y grotesco ser, rugía frente a él. Su cuerpo gelatinoso exhalaba el hedor que le atormentaba. Una espesa y pegajosa sustancia lo cubría por completo. En la cabeza, unos bultos latían rítmicamente. Sus ojos grandes y amarillos, vacíos, sin expresión alguna, y su rugoso apéndice, parecido a una trompa de elefante,

ocupaban la mayor parte de lo que parecía ser su rostro. Las extremidades eran vigorosas, y finalizaban en tres garras de un color dorado. En la espalda tenía plegadas unas alas cartilagosas. El ser sacudió el apéndice y lo dirigió hacia el pasmado mortal que era Ryan. El hombre observó cómo la trompa se situaba muy pegada a su rostro. Eso cubrió la cabeza de Ryan, comenzando a prensársela violentamente, a la vez que incrustaba las garras en los costados de su cuerpo. La cabeza del hombre fue reventada del mismo modo que puede romperse un huevo con una mano. De un seco tirón el monstruo despedazó a Ryan, salpicando de sangre al minusválido niño que presenciaba, aterrorizado, la masacre que Eso cometía con un inocente... otra vez..

Una semana después, una ingenua y bella muchacha se preguntaba qué habría sido de Ryan Falder, desaparecido en extrañas circunstancias, a la vez que rodeaba con un grueso rotulador rojo un anuncio del periódico en el que se buscaba a alguien que hiciera de canguro durante una noche, cobrando la bonita suma de quinientos dólares.